

Reseñas

Helmut Dubiel, *Teoría crítica: ayer y hoy*, traducción de Gustavo Leyva y Oliver Kozlarek, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 2000, 152 pp.

ACTUALMENTE EN LAS CIENCIAS SOCIALES EN MÉXICO hay un dominio de tendencias científicas procedentes de Estados Unidos, que en su mayor parte tienen (aunque en muchos casos no lo reconocen abiertamente) un cierto rasgo positivista. La teoría social se concibe más como una herramienta para organizar los datos adquiridos anteriormente en estudios empíricos que como una instancia crítica que cuestiona no sólo estos datos sino además la realidad social en cuanto tal. El libro de Helmut Dubiel, traducido por Gustavo Leyva y Oliver Kozlarek, es un intento opositor en este contexto. Abre la posibilidad de discutir de una nueva manera sobre la teoría crítica de la sociedad y por eso es bienvenido.

A continuación quiero, sin embargo, señalar algunos problemas y contradicciones que encuentro en este volumen.

1. “Wer vom Kapitalismus nicht reden will, soll auch vom Faschismus schweigen.” [Quien no quiere hablar acerca del capitalismo debería callarse también respecto del fascismo.]

Es una de las frases más celebres de Max Horkheimer, pronunciada poco después del fin del nacional-socialismo impuesto militarmente por la Unión Soviética, los Estados Unidos, Inglaterra y los otros aliados. Horkheimer se opuso a los intentos de teorizar sobre el nacional-socialismo sin percatarse de su íntima relación con la forma de reproducción capitalista. El lema del libro de Helmut Dubiel que intentamos comentar podría formularse, en contraposición a esta frase: “Quien habla sobre el fascismo ya no necesita hablar del capitalismo”. O formulado de otra manera: “Quien no quiere criticar el capitalismo debería reducir sus crueldades exclusivamente al fascismo”.

El intento de Dubiel es teorizar e investigar sobre la historia real y científica de Alemania, sobre todo en referencia al nacional-socialismo *sin* tomar en cuenta la continuidad de la forma de reproducción capitalista y de las instituciones civiles y estatales burguesas. Es decir, el

proyecto científico de Dubiel es diametralmente opuesto al de Horkheimer y al de la teoría crítica en general. Sin embargo, y este punto llama la atención al lector informado, Dubiel declara —sin más dudas e inseguridades— ser miembro distinguido de la tercera generación de la teoría crítica.¹

Dubiel no explica en ningún momento del libro por qué piensa que esta autodenominación de la “tercera generación de la teoría crítica” es adecuada para describir su proyecto científico. Se limita más bien a desarrollar varias defensas en contra de distintas críticas que se le hicieron justamente por esta autodenominación. Sólo al final del volumen, en una entrevista que le hacen Oliver Kozlarek, Miriam Madureira y Gustavo Leyva, informa al lector que era director del Institut für Sozialforschung [Instituto de Investigación Social] en Frankfurt en los años noventa, cargo que tenía Max Horkheimer antes y después del exilio.² Esta continuidad institucional (así podría entender el lector) sería un posible argumento positivo y no sólo defensivo de por qué la autodenominación mencionada tiene su razón de ser.

En términos de una escuela filosófica y de Ciencias Sociales que no se define a partir de un lugar institucional específico por su complicada historia causada por el exilio, tal argumento no sería muy convincente. La teoría crítica era más bien un proyecto colectivo e *interdisciplinario* que, a pesar de haberse desarrollado originalmente en el Institut für Sozialforschung de Frankfurt, continuó su fase productiva y colectiva incluso cuando los miembros se ganaron la vida en distintas instituciones en el país de exilio, pero durante varios años mantuvieron las estructuras de discusión. Lo que en definitiva uniría después de 1933 este proyecto teórico no era una institución formal sino más bien una pregunta en común, que aún antes del exilio hizo posible la tan inusual colaboración de científicos de prácticamente todas las ciencias en el ámbito de lo que se conoce en la actualidad como “Ciencias Sociales y Humanidades”. Dicha pregunta era: ¿Cómo es posible que la forma de reproducción capitalista —a pesar de ser abiertamente disfuncional para organizar una sociedad que dé comida, techo, educación, salud, derecho, libertad y democracia a todos

¹ “Nosotros, la tercera generación de la Escuela de Frankfurt”, en Helmut Dubiel, *Teoría crítica. Ayer y hoy*, traducción de Gustavo Leyva y Oliver Kozlarek, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 2000, p. 47.

² *Op. cit.*, p. 131.

sus miembros— sigue siendo vigente y tiene incluso cada vez más apoyo de la mayor parte de las poblaciones? Era esta pregunta y el intento colectivo de responderla la que unía a filósofos, sociólogos, politólogos, economistas, historiadores, científicos del Derecho, psicólogos, y no ningún lugar geográfico. Lo anterior sigue privando, a pesar de que se suele llamar actualmente “Escuela de Frankfurt” a esta tradición teórica, hecho que incluso el mismo Dubiel problematiza en el libro.³ Nos quedamos entonces con nuestra duda terminológica inicial: por qué Dubiel insiste en esta autodenominación de la “tercera generación de la teoría crítica”.⁴

2. Antes de entrar en detalles, quiero aclarar desde qué punto, en la topología de la ciencia y filosofía social contemporáneas, estoy argumentando. Dubiel conoce en relación con la teoría crítica solamente dos formas posibles de entenderla en la actualidad: por un lado, la defensa casi ciega de sus viejos principios teóricos y afirmaciones filosóficas que se hacen de una manera “filológica”, excluyendo la posibilidad de aplicar dicha teoría a discusiones actuales. Incluye además, en esta actitud de retomar los resultados básicos de la teoría crítica, la incapacidad en la actualidad de estar “dentro” de los problemas políticos y sociales, y con esto uno se queda amputado de la capacidad de intervenir en cuestiones políticas concretas.⁵ Menciona el caso de teóricos que estudian esta teoría como mera parte de la historia de la filosofía, sin aplicar la radicalidad de su crítica al capitalismo de la sociedad contemporánea. Dicha manera de actuar científicamente sin lugar a dudas existe en relación con la teoría crítica, así como ha existido y existe en relación con todos los grandes proyectos filosóficos en la historia.

Por el otro lado, Dubiel ve lo que él llama con toda humildad la *segunda y tercera generación de la teoría crítica*. La segunda sería Habermas; la tercera, sobre todo Axel Honneth y él mismo. Ellos son según Dubiel los verdaderos herederos de la teoría crítica porque retoman (esto da a entender sin expresarlo abiertamente) algunos de sus principios y resultados más importantes (no menciona cuáles) y los aplican a problemas actuales. Si tales “aplicaciones” hacen necesaria, según los que aplican, la transformación de algunos postulados o resultados básicos

³ *Ibid.*, p. 133.

¹ *Op. cit.*, p. 47.

³ Véase, por ejemplo, *ibid.*, pp. 51 y 61.

de la llamada “primera generación”, entonces se hacen; así de simple. Si esto tiene o no como consecuencia la pérdida de algunos de los conocimientos adquiridos más valiosos de la teoría crítica, no le importa mucho; lo que importa es la capacidad de estar “dentro” del *circo mundi* y no quedarse en la posición de exterioridad que ve en los exiliados judíos alemanes en Estados Unidos. (Dicho de paso: Dubiel confunde esta exterioridad geográfica con una exterioridad política; la influencia de la teoría crítica, por ejemplo de Herbert Marcuse y Franz Neumann sobre la política de los Estados Unidos en la guerra y en los primeros años después, era mucho mayor que la influencia política que Dubiel y Honneth juntos tienen en la actualidad. También la influencia política y social de Horkheimer y Adorno en los primeros años de la República Federal Alemana [RFA] fue mucho mayor a la de Habermas en toda su vida hasta hoy, por el alto efecto que su teoría tuvo sobre los estudiantes y jóvenes del 68, de trascendentes consecuencias —aun en la actualidad— en la RFA. Esta trascendencia se debía, en gran parte, justamente a no estar involucrado con ninguna organización política ni en el nacional-socialismo ni después de 1945, lo que posibilitaba que la participación de la libertad —como dirían— fuera mucho mayor de lo que Dubiel y Habermas podrían imaginarse.)

Sin embargo, ¿cuál es entonces mi posición, si no es ninguna de las dos anteriormente descritas en términos de Dubiel? Es la posición de seguir en lo teórico con esta crítica radical a la forma de reproducción capitalista que además era la base socioeconómica y psicológica del nacional-socialismo, vinculado con un proyecto de intervenciones políticas fuera de los partidos establecidos. Dubiel sabe muy bien de la existencia de dicha posición, que en Frankfurt ha existido durante muchos años; por ejemplo en el grupo estudiantil *Undogmatische Linke* [Izquierda no Dogmática] que durante mucho tiempo tuvo detrás de sí a la mayoría de los estudiantes participantes en las elecciones internas, porque nos enfrentamos más de una vez en público con él, con Honneth, con Habermas. Debe de tener sus razones para omitir esta tercera posición hacia la teoría crítica y poder presentar la segunda —que es la suya— como la única capaz de intervenir políticamente en el presente.

3. Volvamos sobre el tema del nacional-socialismo y el papel que desempeña la teoría crítica. Dubiel trata el nacional-socialismo como una fase histórica determinada y sin lugar a dudas terminada. Consi-

dera la presencia actual del nacional-socialismo únicamente en el plano psicológico, como posibles “traumas”⁶ de los sobrevivientes y de los que lograron escaparse del *destino* que el movimiento popular nacional-socialista había previsto para ellos: la muerte en la cámara de gas. Dubiel da por hecho el fin definitivo de este proyecto histórico, que tenía el apoyo (o por lo menos la aprobación por vía del silencio) de la mayor parte de la población alemana (recuérdese que Hitler llegó al poder de manera democrática y se suicidó no porque las multitudes alemanas se rebelaron en contra de él, sino porque el ejército rojo estaba a unos cuantos kilómetros al este de Berlín y las tropas estadounidenses e inglesas, en el sur de Alemania). A partir de dicho supuesto, presente en todo el libro, desarrolla la argumentación de la necesaria limitación histórica de que adolece la radicalidad de la crítica de la teoría crítica de la sociedad. Quiere para hoy, cuando las consecuencias del capitalismo son —por lo menos en Alemania— menos inhumanas de lo que eran entre 1933 y 1945, una teoría menos radical en su crítica. Su proyecto es una teoría crítica, pero no tanto. La “crítica *à la carte*” sería entonces su lema, si lo entendemos bien: para Hitler, su Horkheimer, Adorno y Marcuse; para Schröder, su Habermas, Honneth y Dubiel.

Tal argumentación de Dubiel es cuestionable por lo menos en tres sentidos:

Primero: Hay muchos autores, también entre los que tuvieron que huir del nacional-socialismo, que estaban convencidos de que el nacional-socialismo era una interrupción, un accidente de la historia mundial, de la historia alemana, de la historia de la sociedad burguesa y de la historia del capitalismo. Incluso entre los clásicos críticos del capitalismo, los marxistas, había posiciones en este sentido. Lo específico de la teoría crítica es justamente que no comparte la tesis del accidente histórico y está profundamente convencida de que sólo dentro de un contexto histórico de muy largo alcance se podría entender (o por lo menos describir) lo que pasó en el nacional-socialismo. Sin embargo, defender o no defender esta posición no tiene nada que ver con el momento histórico en el cual un autor vive y escribe; se trata únicamente de diferentes posiciones y resultados teóricos.

⁶ *Ibid.*, p. 27.

Extrañamente, Dubiel insiste en la posición de estas otras escuelas teóricas (pienso por ejemplo en el Círculo de Viena, cuyos miembros también estaban en contra del nacional-socialismo y tenían que exiliarse por ello y porque casi todos ellos eran judíos); pero lo hace sin retomar abiertamente los postulados teóricos a partir de los cuales llegaron con cierta congruencia a esta conclusión. Lo que quiere es ser parte de la teoría crítica en lo anecdótico, pero pensar como sus oponentes más agudos en lo teórico.

El hecho que para la teoría crítica es el acontecimiento clave del nacional-socialismo es la destrucción de los judíos europeos: la *Shoah*. Dubiel no menciona este *détalle* en su libro. También en dicho sentido se parece a ciertas teorías que en la actualidad quieren relativizar históricamente el nacional-socialismo y por lo mismo tienen que reducir al mínimo el hecho causado por el nacional-socialismo más presente en la actualidad en Europa: la ausencia de judíos europeos. Ninguna otra consecuencia del nacional-socialismo es importante para la vida cotidiana *actual* y por lo mismo no conviene mencionarlo si se quiere hablar del nacional-socialismo como algo que pasó a la historia sin más.

Los autores que hasta hoy siguen más congruentemente en la tradición de interpretación o descripción del nacional-socialismo son justamente personas que no se autodenominan la *generación x* de la teoría crítica. No obstante, sin lugar a dudas son ellos los que realmente aplican los resultados de esta teoría a la situación actual. Los productos de sus investigaciones tienen un efecto sobre el desarrollo de las sociedades actuales mucho mayor que los trabajos de la autodenominada "tercera generación". Me refiero sobre todo a Raúl Hilberg, quien retoma varias de las tesis centrales del *Behemoth* de Franz Neumann para escribir su monumental obra *The Destruction of the European Jews* [La destrucción de los judíos europeos],⁷ y a Claude Lanzmann, quien (basándose en varios puntos clave de este libro) produjo la mejor obra sobre la destrucción de los judíos europeos, que a la vez es la mejor obra cinematográfica de todos los tiempos: *Shoah*.

Segundo: La hipótesis de Dubiel de que el nacional-socialismo dejó de tener importancia decisiva para la teoría social actual es falsa, porque el nacional-socialismo no dejó de ganar. Mientras que la gran mayoría de las víctimas sigue sin nombre ni tumba y no tiene nadie

⁷ Raul Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, Nueva York, Holmes & Meier, 1985, 360 pp.

que llore o haya llorado por ellos en algún momento, los asesinos siguieron en sus puestos en la RFA en casi todos los casos, hasta su jubilación *por edad* o su muerte. Jürgen Habermas mismo, a quien Dubiel nos presenta como la segunda generación, defendió en su momento, en el año 1988 en los órganos colegiados de la Universidad de Frankfurt, el hecho de que el entonces rector haya invitado a cinco de los más importantes colaboradores en la economía nacional-socialista, para hablar en grandes acontecimientos organizados para estudiantes con el fin de presentarlos como personas con biografías ejemplares.

Tuve que enfrentarme personalmente en el Consejo Universitario de Frankfurt al tal Habermas que, en palabras de Dubiel, trata de hacer política “desde el interior” y no quedar fuera de la jugada. Fue justamente en dicho momento, a partir de la tercera posición teórica-política que antes mencioné y que Dubiel no ve como posible, cuando esta victoria tardía de algunos de los más destacados apoyadores de los nacional-socialistas pudo ser impedida, aunque fuera en un espacio limitado: en la realidad política actual. (Dicho de paso: hubo un solo maestro de la Universidad de Frankfurt que apoyó en este momento a los estudiantes críticos en el Consejo Universitario: Egon Becker. Lo justificó con el hecho de que su suegro había estado prisionero en un campo de concentración. Becker fue amenazado fuertemente por el rector debido a sus críticas durante el Consejo, y Habermas —quien en su obra siempre elogia el libre intercambio de ideas— se quedó callado, para unos momentos después apoyar la propuesta del rector de “reconciliación”, que consistía en ampliar el espectro de invitados e invitar por cada distinguido colaborador en el nacional-socialismo, adicionalmente, a una persona de la izquierda intelectual alemana.)

Al final, los estudiantes ganamos este conflicto intrauniversitario con repercusiones en el nivel nacional después de que el gobierno del estado de Hessen así como el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, el periódico conservador más importante de la RFA, apoyaron nuestra crítica a este suceso inédito en la Universidad de Frankfurt, que apoyaba la continuidad de los actores del sistema nacional-socialista. Tales acontecimientos tuvieron cierta importancia para el desarrollo posterior de la RFA. Según mi información, dichas personas invitadas nunca osaron presentarse en alguna universidad alemana como ejemplos para la juventud. La mayoría de ellas murió sin haber logrado este “recono-

cimiento”, que en otros ámbitos de la RFA sí alcanzaron. Tal conflicto demuestra cómo la reinterpretación de la teoría crítica por la autodenominada “segunda” y “tercera generación” no coincide con la realidad del fin de la importancia del nacional-socialismo para la actualidad, sino que se encuentra en complicidad con la continuidad de muchas de sus estructuras y de sus actores en el nivel político y social.

Tercero: Dubiel afirma que los análisis de la teoría crítica se concentran únicamente en el nacional-socialismo y que, con el desarrollo de la sociedad de posguerra, otros fenómenos se vuelven más importantes y, con esto, una crítica tan radical caduca. Ahí pasa por encima de Horkheimer y Adorno en su *Dialektik der Aufklärung*, libro que usa Dubiel justamente como ejemplo para esta tesis (analizan también la sociedad que los recibió como exiliados). Eso resulta obvio sobre todo en el capítulo sobre la industria cultural, pero también en el que aborda el concepto de “ilustración”. En el capítulo sobre la industria cultural usan más ejemplos tomados de la sociedad estadounidense de los años cuarenta que de la sociedad alemana nacional-socialista. Incluso en el muy importante capítulo sobre los “Elementos del antisemitismo”, que de manera sistemática queda excluido o marginado en casi toda la bibliografía secundaria, está presente la sociedad norteamericana, sobre todo en la terminología de la tesis VII, cuando desarrollan el concepto del *antisemitismo de “ticket”*.

Es decir, aun de primera vista dicho libro no está basado exclusivamente en la experiencia del nacional-socialismo, sino también del exilio en un país de un capitalismo “regular”, “normal”. Extrañamente, podemos observar que Dubiel (a pesar de insistir en varias ocasiones en su libro en el hecho de que casi todos los textos de la teoría crítica fueron desarrollados en los Estados Unidos) no menciona el hecho arriba descrito en su afán de quitarle la espina de la radicalidad a la teoría crítica, con lo cual la “historiza”, es decir, la limita.

4. Dubiel *et al.* como la tercera generación de la teoría crítica

Volvamos al punto en que Dubiel insiste en ser uno de los pocos representantes de la “teoría crítica hoy”.

Aparte del descrito y criticado historizar de la teoría crítica, a Dubiel le hace falta —para fundar esta autodenominación— deshacerse de otros posibles herederos de dicha escuela. Por supuesto, nunca se le podría ocurrir pensar en los dos autores que ya mencionamos: están en el extranjero y son judíos. La nueva teoría crítica quiere estar den-

tro de una sociedad que mató a casi todos los judíos, y de los sobrevivientes, la mayoría prefirió quedarse *fuera*; pero hay todavía otras personas que excluir. No se puede entrar en una discusión, que además sería poco fructífera, de quién podría ser o no más cercano a la teoría crítica (por supuesto, en continuo desarrollo) en el ámbito universitario, científico, o ambos, de la actualidad. (Dicho de paso: hablando de México, se podría ver como un muy buen candidato a Bolívar Echeverría quien —desde mi perspectiva— aporta más a algo como una nueva teoría crítica que el conjunto de las autodenominadas “nuevas generaciones” en Alemania.) Pero sí hay un caso que es necesario. Hoy, Alfred Schmidt es sin lugar a dudas, en su manera de filosofar, el pensador más cercano a la tradición de la teoría crítica en el Instituto de Filosofía de la Universidad de Frankfurt. Dubiel, quien aporta muchos nombres de posibles candidatos para las supuestas nuevas generaciones, no lo menciona en ningún momento. Con esto sigue el ejemplo de Habermas, quien intentó, durante largos años, llegar a ser el único heredero de la teoría crítica, con lo que ninguneaba a Schmidt. El primero era asistente de Adorno y el segundo, de Horkheimer en los años sesenta. Repito: no quiero entrar en el debate de cuán cercano está Alfred Schmidt de la tradición de pensamiento fundada por Horkheimer, Adorno, Marcuse, Neumann, Kirchheimer, etcétera; pero sí salta a la vista una afirmación de Dubiel en este contexto. En la página 81 declara: “La naturaleza ya no es más —como era aún en el marxismo— un mundo de cosas suministrado en forma libre para la explotación colectiva”. Aquí Dubiel *olvida* por completo el mundialmente conocido libro de A. Schmidt del año 1966, *El concepto de naturaleza en Marx*. En este libro Schmidt analiza detenidamente, dentro de la discusión marxista, la importancia que tiene la naturaleza como instancia justamente *no* del todo controlable o suministrable por el ser humano y su voluntad. Sin embargo, Schmidt no era solamente uno de los primeros en aportar a la discusión filosófica del marxismo, sino que, dentro de la filosofía y ciencia social occidentales en general, fue quien en su época criticó la vieja idea de una naturaleza a la merced de los seres humanos y su voluntad. Habermas, el gran ejemplo para Dubiel, en estos años ni siquiera captaba la trascendencia de tal problemática. El hecho de que Dubiel diga lo anteriormente referido sin mencionar este libro de Schmidt, se ubica dentro de la tradición habermasiana de ningunear al otro posible “heredero” de la teoría crítica.

El hecho de que ni Schmidt ni sus discípulos hubieran entrado en este pleito por la herencia de la fama de la teoría crítica no expresa nada más que una mayor seriedad científica.

5. Quiero terminar aquí aunque queden sin mencionar varios puntos problemáticos en el libro de Dubiel, para hacer la siguiente reflexión final: ¿Por qué insiste Dubiel en historizar la teoría crítica y reducirla a un “lamento de Horkheimer” sobre el nacional-socialismo⁸ o a un “*shock* existencial en una teoría”⁹ motivado por la *Shoah*, mientras que a la propia teoría —junto con la de Habermas— la declara “una teoría social general” que es válida supuestamente de manera independiente de su origen sociohistórico: la RFA en sus años de reconstrucción después del nacional-socialismo? Cito a Dubiel:

Interrogado en torno al motivo que organiza toda su filosofía, Habermas remite a la intención de suministrar a la teoría crítica de la sociedad una base conceptual sólida. Este fundamento [que cree que no puede ser tocado por traumas histórico-epocales] consiste en un concepto *comunicativo* de la razón.¹⁰

Dubiel presenta aquí de manera afirmativa el proyecto de Habermas y lo declara “suprahistórico”, mientras que la experiencia del genocidio se reduce a una experiencia cuasi individual, un “trauma”, un “*shock*”.

¿No será justamente a la inversa?

¿Por qué no habla en ningún momento del “pragmatismo” de Habermas, cuando éste apoyó al rector de Frankfurt en 1988, cuando quiso invitar a cinco o más colaboradores de primera línea del sistema nacional-socialista, y sólo habla del “peculiar pragmatismo”¹¹ del Institut für Sozialforschung en sus primeros años? ¿Por qué habla sólo del papel de víctimas de los autores de la teoría crítica y no del hecho de que Habermas luchó en el ejército alemán por las causas del régimen de Hitler? ¿Por qué escribe de los traumas de Horkheimer y Adorno y no de los de Habermas? ¿Por qué la experiencia supuestamente democrática de la RFA es una base más sólida para una teoría universal de la sociedad burguesa —que obviamente intenta— que el análisis

⁸ Dubiel, *op. cit.*, p. 84.

⁹ *Op. cit.*, p. 82.

¹⁰ *Ibid.*, p. 27.

¹¹ *Op. cit.*, p. 80.

(más que la experiencia inmediata que solamente vivió Walter Benjamin, quien se suicidó en su huida fracasada para no caer en los manos de los nacional-socialistas) de la fase más próspera del capitalismo en Alemania entre 1933 y 1945? O dicho de una manera más directa: ¿Por qué la perspectiva de los alemanes que se quedaron en el sistema nacional-socialista (quienes fueron educados por ex nazis, como es el caso de Habermas y Dubiel) es más “desde el interior” que la perspectiva desde los exiliados, los muertos y los excluidos?

La manera como Dubiel historiza la teoría crítica y eterniza a Habermas, Honneth y a él mismo es —con todo respeto— la mirada del ganador; pero no del ganador del debate libre, científico y racional, sino simple y sencillamente del ganador *actual* en el terreno político y social.

Dejar pasar estas versiones sin confrontarlas con la crítica que merecen sería permitir que la teoría crítica fuera —festejando su supuesta reencarnación en la supuesta segunda o tercera generaciones— enterrada para siempre. Sería la victoria tardía pero definitiva sobre la herencia de los burgueses liberales judíos (los únicos burgueses liberales que había) en Alemania.

Por esto, y sólo por esto, levantamos aquí nuestra voz.

Para concluir, quiero dejar en claro que obviamente el presente comentario está escrito, aunque en México, desde una perspectiva de las discusiones en la RFA. Sé que las discusiones sobre teoría y *praxis*, crítica y negatividad, interior y exterior, condiciones históricas y validez universal, etcétera, etcétera, son parcialmente distintas aquí; pero retomar estas problemáticas conformaría un comentario aparte.

Quiero agradecerles en tal sentido y con toda sinceridad a Gustavo Leyva y a Oliver Kozlarek que hayan reabierto la discusión sobre la teoría crítica en México a partir del libro que editaron de Helmut Dubiel. Espero que dicha discusión continúe siendo fructífera en este país, el cual podría ser el lugar idóneo para una nueva teoría crítica de la sociedad que retome algo más que el nombre de aquel proyecto único en la historia del pensamiento.

*Stefan Gandler**

* Doctor en Filosofía por la Universidad de Frankfurt. Profesor investigador de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Autónoma de Querétaro. Dirección: Cerro de las Campanas s/n, 76010 Querétaro, Qro. Teléfono: 014-215-43-2; fax: 014-215-31-76; correo electrónico: gast@prodigy.net.mx.